

CIENCIA Y SALUD MENTAL

EDUARDO ARCILA

Universidad Nacional de Colombia

COLOMBIA

Fuera mi deseo presentar un resumen de los hechos que, de existir, contribuirían al reconocimiento, prevención, o terapia de los diferentes desajustes emocionales que todos nosotros conocemos y con los que tratamos a diario.

No sé si por falta de información o por el deseo real de entablar una polémica he preferido dejar a otros autores la presentación de aquellos hechos que ellos consideren pertinentes para la ilustración del tema. Pueda ser que los datos que ellos nos ofrezcan desmientan mi actual pesimismo, adquirido después de visitar diversos establecimientos relacionados con la "salud mental" en nuestro país, Colombia.

Tanto en las universidades, donde se imparte la formación de nuestros futuros psicólogos y psiquiatras, como en los diferentes hospitales, colegios e industrias, así como en los consultorios privados, he podido observar algunos errores fundamentales que es preciso corregir. Más que una simple presentación de estos errores es mi deseo referirme a un marco metodológico general que nos permita trazar un plan estratégico para corregirlos.

Son varios los estudiosos del método científico que coinciden en afirmar la necesidad de establecer algunas categorías para clasificar la actividad humana. De este intento surge una diferencia claramente establecida entre los niveles: técnico, científico y de ciencia aplicado (o técnica en un momento posterior al nivel científico); para profundizar en este tema pueden consultarse las obras de Bunge (1969) y Federici (1970).

Por técnico entenderemos: quien pone especial énfasis en el estudio del caso individual en un espacio y tiempo determinados, sin interesarse por establecer leyes o teorías generales. De esta forma, un ingeniero se interesará principalmente por la construcción de un puente, un pedagogo por la enseñanza efectiva de sus alumnos, y un psiquiatra por la "curación" de un paciente. El éxito logrado en la realización de cada una de estas tareas dependerá de muchos factores tanto de las posibilidades externas (materiales, instrumentos, etc.) como de las aptitudes, conocimientos e intereses del técnico que las ejecuta. En un momento histórico determinado podemos saber como se hacen las cosas y no poder hacerlas por falta de algún factor enumerado.

Con el paso del tiempo, y con la ayuda de un método riguroso

como el científico, otras personas no contentas con el solo: "hacer bien algo", buscan leyes y teorías generales que nos permiten conocer el comportamiento de las cosas o de las personas para, conociendo y modificando su estructura, hacer más agradable el mundo donde vivimos. Aunque para muchas personas este tipo de actividad puede parecer inútil y alejado de la realidad, la experiencia de muchos siglos ha mostrado que el conocimiento obtenido a través del método científico nos permite mayores avances y satisfacciones que el peligroso campo del ensayo y error.

Como complemento indispensable de esta clasificación debemos afirmar que si bien se trata de actividades humanas independientes en su ejecución, tienen entre sí un nexo epistemológico muy íntimo y deben ser consideradas como mutuamente relacionadas e influyentes. Es precisamente este nexo lo que nos impide a veces distinguir la una de la otra; esto sucede particularmente en la psicología donde difícilmente se aceptan las características eminentemente existenciales del técnico. Todos reconocemos fácilmente las diferencias entre ingeniería y física: poseen campos de actividad, lugares de estudio y hasta medios de comunicación diferentes. Al mismo tiempo también podemos fácilmente establecer el nexo entre las dos: todo ingeniero realiza extensos estudios en física antes de que se le permita construir su primer puente; por su parte el físico se interesa en los problemas prácticos que debe resolver al ingeniero, y, podemos afirmar, que, en esta interacción, radica el enriquecimiento de ambas disciplinas.

En la actividad humana orientada hacia el estudio del hombre es precisamente la falta de este nexo lo que, a mi juicio, constituye el mayor error del organigrama de nuestras instituciones de asistencia psicológica. Mientras se restringe día a día las oportunidades de investigación en nuestras universidades y el científico del comportamiento debe dedicarse a la ciencia aplicada, las personas que tienen a su cargo estas instituciones se permiten desconocer casi en su totalidad los adelantos logrados en el campo de la psicología.

En casi todas las clínicas, tanto en las del estado como en las particulares, se considera al psicólogo como un "mando medio" algo así como un "enfermero calificado". Para las labores del diagnóstico se toman los resultados de las pruebas que han demostrado su confiabilidad y validez como simples "datos" que el técnico omnipotente deberá interpretar, generalmente con un marco de referencia psicoanalítico. La terapia está actualmente excluida del campo del psicólogo mientras proliferan entidades secretas, únicamente para iniciados, más semejantes a sectas religiosas que a grupos de personas interesadas por el desarrollo de nuestra colectividad. En consecuencia el área clínica, donde el psicólogo debería colaborar en temas rela-

ionados con la "salud mental", se va viendo abandonada, y nuestros profesionales prefieren dedicarse a la educación o la industria.

¿Cómo evitar que esto suceda? ¿cómo lograr unir los esfuerzos de quienes nos dedicamos a la investigación con los de quienes se dedican al estudio del caso concreto? El objetivo principal que deseo lograr en mi intervención es precisamente mostrar a ustedes un plan de primera aproximación y por ello supeditado a las revisiones que ustedes consideren necesarias.

De la clasificación anterior que incluía la afirmación de un nexo entre las dos formas de actividad humana podemos proponer la necesidad de que exista un organismo donde estas diferentes actividades puedan entrar en revisión mutua para lograr el perfeccionamiento de sus planes de acción. Hemos dejado en claro que un técnico puede realizar su actividad con resultados positivos sin dedicarse a la investigación, de la misma forma que el científico puede diseñar sus experimentos sin ser él mismo quien debe recoger los datos. La universidad sin embargo, o el organismo que se encargue de esta labor de coordinación, debe ofrecer ambas posibilidades simultáneamente a quienes se interesen por el estudio del hombre.

Muchas veces he escuchado que el psicólogo debe ser un científico indicando con ello que la universidad se debe dedicar exclusivamente a la formación de investigadores. De otra parte se recalca la necesidad de nuestras gentes en recibir asistencia psicológica y se habla entonces de formar únicamente profesionales. ¿Porqué nos parcializamos de esta forma?

Aún aceptando que la colaboración permanente entre el técnico y el científico permitiría al primero una labor más fecunda en el campo de la práctica y al segundo un enriquecimiento de sus hipótesis, permanece la necesidad de una formación común en algunos aspectos metodológicos fundamentales que debe dar la universidad. Cuantas veces al tratar de mostrar a los técnicos las ventajas de las nuevas técnicas de terapia nos encontramos con un problema fundamental de léxico. Nada podrá hacerse en nuestras universidades mientras no se reconozca la necesidad de un lenguaje común que restablezca ese nexo íntimo del que ya hemos hablado. La formación de los psiquiatras debe incluir necesariamente profundos estudios de psicología científica, así como al estudiante de psicología debemos reconocerle el derecho de relacionarse con los casos individuales que reclaman nuestra ayuda.

Muchas veces al formular esas proposiciones he recibido dos respuestas típicas. Por una parte hay muchas personas que las rechazan del todo dejando entrever sus intereses personales de no modificar la situación; por otra, muchas personas ilusionadas con este proyecto

no encuentran los medios para trabajar en este sentido. Este volumen puede representar precisamente un momento definitivo para lograr este objetivo. Para lograr esto necesitamos crear y revitalizar los medios informativos de nuestro continente. En ocasiones resulta más fácil adquirir información sobre investigaciones llevadas a cabo en países lejanos por su geografía y su idiosincracia que sobre las nuestras.

Esfuerzos tales como los realizados por el Dr. Rubén Ardila en la organización y edición de la *Revista Latinoamericana de Psicología* deberían ser acogidos por todos nosotros con especial agrado y reconocimiento. Es indispensable que no multipliquemos los esfuerzos en la búsqueda de las leyes y teorías psicológicas sino, más bien, conociendo nuestros trabajos comunes retroalimentemos nuestra motivación. La estandarización de pruebas, el establecimiento del léxico psicológico propio de nuestra cultura, muchos estudios en el campo de la psicología social, etc. son apenas una muestra de las investigaciones que debemos iniciar en común.

He dejado para el final la discusión del título que se le ha dado a este volumen: "Salud Mental en las Américas". A todo lo largo de mi exposición he atacado despiadadamente las malas influencias de que es objeto la psicología en nuestro país. Cualquiera persona captará en mis palabras un especial disgusto cuando me refiero a la situación de tutelaje en que nos tienen sometidos los técnicos de nuestra especialidad, mientras por su parte se dan el lujo de desconocer nuestras investigaciones. Un ejemplo más de esta situación es el término "salud" con el que nos han enseñado a bautizar los desajustes entre el organismo y el medio ambiente. A quien sufre un desajuste emocional lo catalogamos como "enfermo" y debemos entonces buscar el agente patógeno que es causa de tan terrible enfermedad y el cual, una vez extirpado, nos permitirá devolverle al paciente la salud.

No cree necesario discutir la conveniencia de abandonar este modelo médico en pro de un modelo biológico o de un modelo cibernético en los cuales lo que importa es la interacción entre el organismo y el medio siendo posible que el desajuste provenga de cualquiera de las dos partes o de ambas. Los éxitos sin precedentes logrados por las terapias del comportamiento nos inclinan a pensar más en la influencia del medio que en mefistofélicos agentes patógenos aunque los llamen con nombres bonitos como el de "complejo de Edipo". [Ver. Eysenck (1967).]

Sirvan mis palabras, honorables lectores, para iniciar una seria discusión sobre estos temas más que para mostrarles a ustedes soluciones preconcebidas. Puede ser que ellas aumenten nuestra comunicación y de esta forma busquemos unidos lo que más convenga a nosotros mismos y a la sociedad que nos reclama.

REFERENCIAS

- Ardila, R. *Revista latinoamericana de psicología*.
- Bunge, M. *La investigación científica*. Barcelona: Ed. Ariel, 1969.
- Eysenck, H. J. *Fundamentos biológicos de la personalidad*. Barcelona: Ed. Fontanella, 1970.
- Federici, C. *Elementos de lógica y metodología*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1970.